AÑO XXV. — Nº 1228.

EL DIA

MONTEVIDEO, JULIO 29 DE 1956.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



AUGE DE MONTEVIDEO.

(Fotografía de Juan Caruso)

Vista aérea del centro de la ciudad, nutrida de alta edificación modernísima, que ha transformado la fisonomía de aquella pacata y achaparrada gran aldea de no hace muchos años, por esta otra que tiene la pujanza y bella grandeza de una gran capital. La gran franja central es la calle Constituyente, y los espacios libres a la derecha pertenecen al Parque Rodó y Playa Ramírez.





El avión de la Pluna que efectúa los viajes a Buenos Aires, en ruta hacia el Oeste, y tripulantes a cuya gentileza se ha debido la posibilidad de tomar estas fotografías.

LA CIUDAD QUE VEMOS DESDE EL CIELO

A 2.500 pies de altura Montevideo se reduce hasta parecer una ciudad de juguete, de liliputienses.

Sobre las avenidas y calles trazadas como funambulescas rayas de tiza hacia los cuatro extremos de la tierra, sólo los vehículos ruedan bien aceitados, igual que ludiones multicolores impelidos por controles remotos.

Desde esa altura desaparece todo signo de vida; el milagro de la mente, el corazón palpitante de sus hombres, la agitación renaciente de sus niños, la risa de sus muchachas, la locura de los adolescentes y la concreta radicación definitiva de los seres adultos.

Todo se planifica de una misma manera geométrica y brutal. Todo se hunde en la misma tranquilidad benévola y engañosa de las lejanías.

De pronto surge del mar como una ciudad abreviada. ¿Pero qué ciudad? No se sabe si la habitan los vivos o los seres invisibles de otro planeta. Nada evidencia a los primeros. Ningún síntoma delata la presencia de un millón de personas que allá abajo conviven sin embargo en constante estado de beligerancia con la vida.

A través de la vasta extensión de aire que separa al avión de la P.L.U.N.A. que nos conduce, de los techos y azoteas montevideanos, nada define la existencia afiebrada de los que en ese achatado desierto de hierro y de cemento, se aman, se alimentan, trabajan, corren, sufren, descansan o son tragados por la indiferencia y la rutina de todos los días.

Ni el clamor de las calles, ni los aullantes pitos de sus fábricas, ningún ser humano, ningún animal, ninguna señal de vida, emana de esa majestuosa monotonía que abraza con firmeza al Centro y los demás barrios ciudadanos en una apretada uniformidad de eterna connivencia con el puerto y toda la extensión del mar, muralla dominante que impide el crecimiento de la ciudad por el Sur.

Del conjunto de la edificación desaparecen las perspectivas. Edificios públicos, famosos rascacielos y enormes plantas industriales son escamoteadas o reemplazadas por irrisorias miniaturas de unos cuantos centímetros de altura.

Desde el aire la ciudad experimenta una pérdida radical: el Cerro es sustraído por la distancia.

La famosa "ciudad del Cerro" mote con el que somos conocidos en la otra orilla no deja de ser entonces más que un sofisma.

Y con seguridad que si en enero de 1520, en plena época de la conquista, Magallanes se hubiera internado en el Río Solís sobrevolándolo en una suposición fantástica y anacrónica, el vigía que sesteaba al sol, jamás se hubiera levantado a toda prisa para anunciar a la posteridad su famosa y descriptiva exclamación: Monte vidi, que originara según los textos de historia, no sólo la nomenclatura del cerro avistado, sino la de la bahía inmediata y también el de esta bella ciudad donde todos vivimos.

Pero si por una parte el espectáculo que vemos desde el cielo parece terrible por su soledad y su calma, con su extraño aspecto de algo no terminado o recién bombardeado, al mismo tiempo ofrece una visión fugaz y evanescente como si fuera la capital mágica de un cuento de Perrault traída a la memoria vaya uno a saber por qué recuerdos infantiles.

Y ya nos olvidamos que estamos en el confortable interior de un avión de la P.L.U.N.A. y retrocedemos al cabo de milenios, volando en la alfombra mágica de algún persa sobre el techo iónico del planeta.

¿No es extraña entonces esta visión pueril que se nos aparece y que parece capaz de satisfacer los más infantiles deseos humanos? Porque es el caso que pese a toda la grandeza inevitable del espectáculo las cúpulas y campanarios nos parecen dedales. Los barcos amarrados en la bahía cáscaras flotantes de maníes detenidos en un gran plato azul. Los enormes tanques de aprovisionamiento de la A.N.C.A.P. fichas amontonadas de aluminio que brillan al sol. Las graciosas curvas de blancas arenas que ponen en evidencia a Pocitos y a Ramírez, desplegados abanicos caídos de anónimas manos oceánicas. Las plazas con sus monumentos semejan decorados de azúcar para alguna confitería de desconocidas golosinas



La espectacular armonía de la Playa Pocitos que se amuralla tras su orgullo edilicio.

La diagonal Agraciada, verdadero eje de radiación y de convergencia.

de gnomos. Los amplios parques miniaturas japonesas para una repisa de niños. Las chimeneas son horquillas negras o blancas que cayeron paradas. El Estadio Centenario, un nido abandonado de pájaros muertos, más liviano que el humo. Y las más imponentes manzanas de edificios que coronan el Centro no son más que trozos de turrón almendrado ligados entre sí para impedir que el viento se los lleve, barriendo con todo como una ola de marejada.

Todo ello dispuesto como en un bazar de prodigios, surgido de pronto del fondo del vacío, del fondo de lo que no existe.

¿Es esto posible? —nos preguntamos—. ¿Formamos nosotros en verdad parte de ese mundo de juguetería que vemos allá abajo, casi al borde de la humanidad y de los vastos intereses que ella maneja?

Pero si esta visión se empaña, Montevideo vuelve a ser la ciudad de imágenes contradictorias que todos conocemos, pero manteniendo sin embargo desde el aire su desconcertante aspecto tan ajeno a las formas que vemos desde sus calles y cuya querida indiferencia prevalece no obstante sobre nuestra esperanza.

Y he aquí que de nuevo otra estrellita de reflejo de sol va saltando de claraboya en claraboya y al pasar el avión sobre la aquietada bahía estalla en una lentejuelera y escandalosa abstracción de luz rota.

Pero hasta la peregrinación del hombre volando tras la fantasía para apresar imágenes, acusa la misma lógica de un viaje en avión: inevitablemente los dos han de tener su término, o al menos un receso.

Y mientras desandamos los caminos que conducen al cielo y nos acercamos otra vez a la tierra y las calles que vemos hormiguear de gentes van cobrando sus habituales proporciones y el mismo olor del aire montevideano, abundante y viscoso, dilata generoso nuestros pulmones, casi con ingratitud miramos hacia arriba, hacia la paz que dejamos, hacia ese alto, puro y frío vacío azul que dejamos atrás y que pertenece a los dioses.

Pero que de ningún modo cambiaríamos por estas miles de azoteas y de altos muros que cobijan al calor humano y que vienen hacia nosotros para decirnos que de nuevo estamos en nuestra ciudad.

J. R. CRAVEA

(Especial para **EL DIA**)



Vista de la zona central del Buceo.



La repartija del Nuevo Mundo entre España y Portugal. La línea señalada con el (1) corresponde a los límites fijados por la Bula de Alejandro VI; la línea más gruesa, señalada con el (2), a los del Tratado de Tordesillas.



Las Gobernaciones en América del Sur hacia 1534.



Extensión de la Antigua Provincia del Uruguay, según las Capitulaciones con Sanabria y Resquin.

Radiografía del contrabando

LA FRONTERA CON EL BRASIL

EL contrabando es el tema del día. Una actividad tan antigua como la primera frontera y tan vieja como la historia del Río de la Plata, rebotando a través del tiempo, nos embiste con su realidad cotidiana y nos preocupa con su tipicidad lesiva.

Hoy, por un proceso de multiplicación y agudización de sus formas, el delito del contrabando ajetrea como nunca el ánimo de los gobernantes uruguayos. Se buscan, con razón, soluciones de fondo y represiones de momento. Y en virtud de este empeño la antepasada lucha entre puerto e *hinterland*, entre ciudad del Sur y campo del Norte se ha replanteado con vigoroso impulso.

El contrabando es un fenómeno representativo de lo que significa la "circunstancia", tal como la entiende Ortega y Gasset en su filosofía existencial. La vida del hombre transcurre en una circunstancia determinada, en una *circ-m-stantia*, rodeada de cosas concretas. "No hay vida en abstracto. Vivir es haber caído prisionero de un contorno inexorable". Y todo lo que hacemos, "lo hacemos en vista de las circunstancias".

La circunstancia de la frontera, con su óptica especial, no ve las cosas de idéntica manera que la circunstancia de la ciudad de Montevideo. El contrabando fronterizo es un hecho endémico, en el cual todos están más o menos complicados, en el cual todos son actores, espectadores o encubridores, y se le juzga de muy distinta manera en el Norte que en la capital. En Montevideo prima la ley codificada; en la frontera impera la costumbre, conjunción del *usus inveteratus* y de la *opinio necesitatis*. En Montevideo se razona jurídicamente; en la frontera, si no mandan las verdades del corazón, por lo menos actúa la lógica de los sentimientos tal como la describiera Ribot. En Montevideo el relativismo cosmopolita clasifica los hechos en escalas de valores universales; en la frontera el provincianismo terruñero mira las cosas deformadas por una inevitable refracción local.

Con lo expuesto no quiero, naturalmente, justificar al contrabando sino interpretar — el análisis será ampliado en próximos ensayos — a los que lo practican, toleran o secundan. Hay sin duda alguna acicates económicos que lo impulsaron en el pasado y que lo estimulan en el presente, pero también existen motivaciones sicosociológicas que gravitan en la mentalidad de los contrabandistas profesionales, ocasionales y laterales.

El breve estudio que pretendo ofrecer a los lectores del Suplemento de EL DIA acerca de esta patología fronteriza constará de los siguientes microcapítulos:

I. La frontera con el Brasil. II. Las paradojas históricas. III. Las variedades geográficas y genéricas. IV. La tipología social y humana. V. Etica, sociología y sicología del contrabando. VI. Las etapas de su represión: los hechos y el derecho.

*

La frontera, del latín *frontaria*, es el límite donde dos Estados se "enfrentan" en amable diálogo o en áspera actitud. Hay en este término cuasi beligerante una resonancia de aquél, circunscripto a la vida tribal, que llama rivales a los hombres separados por un *rivus*, esto es, por una corriente de agua que los hace ribereños y antagonistas a un tiempo.

El concepto de frontera se ha construído lentamente. La disputa entre el geopolítico K. Haushofer, que hacía de la frontera alemana una activa peregrina hacia el Este (*"Drang nach Osten"*), y el geógrafo J. Ancel, que anteponía las concresiones humanas de las fronteras a sus símbolos formales, no hubiera existido, por ejemplo, entre los griegos. Los griegos no concebían la frontera como nosotros. En su excelente obra "La formación del pueblo griego", A. Jardé dice que la línea de defensa militar de los atenienses, situada detrás de la *frontera*, nada tenía que ver con la misma, pues se desconocía la noción de soberanía territorial. "La ciudad sólo manda sobre los ciudadanos, y allí donde acaban las tierras de los ciudadanos, únicos que pueden ser dueños de la tierra, allí acaba también el territorio del Estado. Los mojones que separan el campo del ciudadano del campo del extranjero son, al mismo tiempo, los postes fronterizos del Estado. La guerra no comienza por una violación de frontera, sino por un acto de pillaje: robo de ganados o hurto de cosechas".

Tampoco la Edad Media europea, mar de aldeanos regido por islotes feudales de barones combatientes, conoció la frontera en el sentido moderno.

Nosotros, en cambio, razonamos en función de una divisoria política que no es por cierto la de la *polis* sino la del Estado. Y este hecho tiene dos inmediatas y aforísticas consecuencias: no hay frontera sin contrabando ni contrabando sin frontera.

La explicación, en principio, es simple. La humanidad limítrofe, montada a caballo sobre un accidente geográfico o una línea imaginaria (¡qué lleno de sentido este último término!), no reconoce la mediatez legalista de los ordenamientos promulgados por dos capitales remotas, sino la inmediatez económica y social de su convivencia. La convivencia, sea pacífica, sea polémica, obliga a un perpetuo diálogo, a una situación *face to face* que propicia la ósmosis espiritual de las comunidades. Ya lo comprendía así el labriego Hesiodo en su *ERGA KAI HEMERAI* prefigurando, siete siglos antes de nuestra era, la sociología de la vecindad: "Si te aconteciere alguna desdicha doméstica tus vecinos acudirán sin cinturones mientras tus parientes están ocupados en ceñirse los suyos".

No hay valla posible que decrete un más acá y un más allá en las sociedades que penden, como las árganas de los cargueros, del lomo de una frontera actualmente equilibrada. Por otra parte, pese a los empeños de los geopolíticos germanos desvelados por el concepto de frontera natural —*die echte Grenze*—, ésta no alcanza para separar en compartimientos estancos a las comunidades aledañas.

Las cadenas montañosas (el término cadena está cargado de afrentas telúricas, de proscripción social, de fatalidad activa) son vulneradas en épocas de guerra por Aníbal, Napoleón o San Martín y en épocas de paz por los pastores que confraternizan al apacentar sus rebaños. El Citerón fue la encrucijada pecuaria de la Grecia Central y la tragedia de Edipo tuvo su comienzo con la anual trashumancia de las ovejas de Tebas y de Corinto.

Los bosques, recordemos los tenebrosos bosques de la Germania que sobrecogían a Tácito, considerados también como una divisoria, albergan en su común regazo a las cuadrillas de leñadores fronterizos, a los cazadores y amantes furtivos, a las celebraciones lúdicas y religiosas de los pueblos colindantes.

Y los ríos, finalmente, no separan: unen la morosa fidelidad de las gentes ribereñas con el vaivén que puebla los vados, que cruza los puentes y que ordena las navegaciones diurnas del comercio y las nocherniegas del contrabando.

La montaña, el bosque y el río, pues, pierden su rigor prohibitivo ante la permeabilidad de las comunidades humanas y los coloquios de las culturas. En el caso de nuestra frontera con el Brasil, sin accidentes notables que la individualicen del contorno, y alterada muchas veces por el flujo portugués o por el reflujo español, las cosas se simplifican. La frontera septentrional no es étnica ni lingüística; es sólo una convención política y entonces, lo que se separa por la aduana durante el día se mistura socarronamente por los visitantes de la noche...

La noción de frontera social, y no geográfica, alcanza toda su potencia en el caso de pueblos civilizados (es decir, constructores de ciudades) como el chino y el romano que se defienden con una muralla o un *limes* erizado de lanzas de las invasiones de los bárbaros. Pero cuando se estable e una frontera político-comercial entre países de idéntica economía y de semejante cultura, aquella pierde entonces su significado riguroso. Ha dejado ya de ser la frontera colonial, la frontera agresiva y andante, la frontera-ariete del pionero que con el fusil en una mano y la azada en la otra le arrebata las tierras al indígena. Ha dejado también de ser la frontera-escudo, la periferia pasiva que resiste el alud juvenil de los pueblos belicosos, ya sean éstos los nómadas camelleros de las historias de Abenjaldún, ya los visigodos de Alarico, ya los jinetes mogoles de Gengis-Khan.

Por esto resulta deliciosa la solemne ingenuidad de aquel faraón que hizo grabar en Beni Hassan, hace 5.000 años, la siguiente leyenda: "el faraón separa celosamente cada ciudad de su vecina, hace conocer a cada ciudad su frontera con las otras ciudades, levanta sus estelas limítrofes duraderas como el cielo". Sin embargo, ningún pueblo en la tierra persistiría tan idéntico a sí mismo, tan unánime en su destino, tan solidario en su monólogo geográfico como el egipcio. El *spaat* egipcio —el prefijo *sp* significa dividir— llamado *nomos* por los griegos no impidió la homogeneidad cultural de los habitantes del valle del Nilo. En cambio, el *limes* romano estableció la zona periférica del mundo latino, ayer y hoy claramente diferenciado del germánico pese

a los pretéritos esfuerzos de Carlomagno y a las tentativas verbales de la U. N.

◆

La joven Europa no estaba en el siglo XV madura para un ejercicio imperial. Era el Islam el que entonces tenía la iniciativa y la despertaba de su sueño feudal golpeando por el Este y defendiendo sus posesiones en la Península Ibérica del tesón portugués y la furia española.

Esa Europa que recién cobraba conciencia de sí misma tampoco tenía vocación marítima. Su ritmo cotidiano y su ciclo anual estaba regido por las labores agrarias, por los menesteres de una vida brotada de la gleba y enfrentada, en el caso de los señores, a la tierra nutricia.

¿Por qué entonces Portugal, y luego España, se aventuraron en los mares tenebrosos, poblados de monstruos imaginarios y de peligros reales?

Ciertamente que no fue por la presión demográfica —ya la gran peste se había encargado de alivianar la plétora medieval— ni por la consolidación militar de sus fronteras, ni por el determinismo geográfico de su ubicación peninsular.

Fue por un hecho simple, paradójico, económico en su base alimenticia y comercial en su designio. Este hecho fue protagonizado por el ganado, el semoviente motor de la historia. En efecto, el duro invierno europeo provocaba la virtual desaparición del foraje; en esas condiciones no podían ser alimentados los rebaños y cada otoño, como nos lo muestran los bellos libros de horas de Berry o Grimaldi, se consagraba con la sangre humeante de las bestias degolladas.

Para conservar la carne sin que se corrompiera durante los largos meses sobrevinientes se necesitaban sal y especias: el jengibre de China y Malabar, la pimienta de la India, la canela de Ceilán, la nuez moscada y la macis de las Célebes, el clavo de olor de las Molucas. Verdad es que la sal era el producto preservador menos oneroso pero las especias atraían con el doble incentivo de su rareza y de su rico paladar. Y no olvidemos que para ciertos historiadores la civilización comienza con la comida: *l'art culinaire est par essence politesse*, dice L. Duplessy en su libro "L'esprit des civilisations".

El comercio de las especias estaba en manos de los pueblos y mercaderes islámicos, y las rutas terrestres también eran patrimonio exclusivo de los mahometanos pese a los viajeros aislados que trasponían la "cortina de alfanjes".

¿Qué recurso le quedaba entonces a la cercada Europa sino lanzarse a la mar y buscar por otras vías el acceso a las tierras fabulosas del Oriente, cuna de las especias? Los portugueses, acaudillados por su rey Enrique el Navegante, fueron los que a comienzos del siglo XV emprendieron la conquista del Océano y la consolidación de factorías costeras en la ruta hacia Catay, impelidos a un tiempo por el espíritu cristiano de cruzada y el afán secularizado de lucro mercantil. Así comienzan el periplo africano con sus etapas sucesivas: Ceuta (1415), Arguim (1448), Guinea (1456). Y como iban "a Dios rogando y con el mazo dando", no bien asentaban su planta en nuevas tierras ya estaban ante el Papa para que éste, en uso del derecho divino, les reconociera su dominio y aún les asegurara la propiedad de las descubiertas en futuras navegaciones. Fue así como Martín V, Nicolás V y Calixto III consagraron con la adquiescencia del poder espiritual las conquistas del poder temporal hasta que los españoles se asoman al balcón de las Islas Canarias y desde allí comienzan a contemplar inquisitivamente el mar de *Os Lusiadas*.

◆

El pleito se avecinaba. Síntoma del mismo fue la presentación simultánea de portugueses y españoles ante el Papa Sixto IV (1481). Este, apremiado por los rivales, reconoció a los primeros sus descubrimientos africanos y a los segundos sus derechos a las antiguas islas. Afortunadas, llamadas después Canarias por la cantidad de canes que en ellas había. Y de este modo se inicia el duelo secular entre una potencia marítima y otra que iba a serlo en virtud de las tremendas responsabilidades coloniales desencadenadas por el 12 de octubre de 1492.

◆

En un principio las cosas rodaron bien para los españoles. Era entonces Papa Alejandro VI, que en su vida civil y militar fuera el valenciano Rodrigo de Borja. El Papa español no tuvo ningún inconveniente en proclamar en una Bula de 1493 que América íntegra pertencía a los Reyes Católicos Isabel y Fernando.

Para consagrar este derecho estableció una línea divisoria. Esta se extendía desde el Polo Artico al Antártico, "cien leguas al Occidente y Mediodía" a partir "de cualquiera de las Islas que vulgarmente se llaman de las Azores y Cabo Verde". Todo lo que estuviese al Oriente de la línea era de Portugal; todo lo que estuviese al Occidente pertenecía a España.

Los portugueses pusieron el grito en el cielo, aunque el cielo, esta vez manejado por un Papa español, estaba con los españoles. No se conformaron con la Bula pontificia. Aspiraban a que la repartija de la tierar vacante se efectuara siguiendo un paralelo y no un meridiano que sólo les ofrecía para el futuro las saladas campiñas del Atlántico.

Entonces advirtieron que había que recurrir a las argucias diplomáticas, secularizar los pactos y dar con el justo precio de las conciencias venales. Terminaría así la era de los ministros de Dios para iniciarse la de los tratados entre los hombres.

En 1494 los representantes de los reyes de Portugal y de España firman un tratado —el primero de una azarosa serie— en la ciudad de Tordesillas.

En esta ocasión la diplomacia lusitana se anotó una brillante victoria: renunció a la idea de un paralelo pero logró que una nueva línea rebanara un buen pedazo al flanco oriental del Nuevo Mundo. En efecto, el Tratado de Tordesillas "convino dar mayor extensión a la línea establecida por Alejandro VI, fijándola a trescientas setenta leguas al Occidente de las Islas del Cabo Verde". (Mapa Nº 1).

El territorio adjudicado a Portugal se extendía desde la desembocadura del Amazonas hasta el puerte de Cananea, a 47°32 57" al W. de Greenwich. No era mucho pero sí lo suficiente. Ya se encargarían los lusitanos de construir un imperio tropical en el corazón de América y de buscar empeñosamente el camino hacia el Río de la Plata.

◆

Cuando en el año 1500 los portugueses descubren el Brasil, llamado así por el palo tintóreo del mismo nombre, no adquieren inmediata noción de lo que el hecho significaba. Lo colonizan de modo fragmentario, abrumados por la extensión de un litoral gigantesco y penetran pocas leguas en el interior —no más de 12 según los informes de los jesuítas— ya que los anclaba a la costa una agricultura azucarera.

Será menester el transcurso de casi dos siglos para que consoliden la ocupación de esa franja atlántica: en 1616 se instalan en las bocas del Amazonas y en 1680 fundan Colonia do Sacramento, en las mismas fauces del león español, transgrediendo los límites y señalando así su voluntad cisplatina.

Vendrá luego la era de las entradas al interior virgen, la marcha de las *bandeiras* apoyadas en una ganadería itinerante hacia la fábula y la realidad de un tesoro mediterráneo. Y con ella se precisan dos tendencias, dos sociedades, dos estratos mentales superpuestos en la historia del Brasil.

El portugués hidalgo, servido por el negro y dueño de una agricultura latifundista utilizó a la *Casa Grande* y la *Senzala*, tan bien estudiadas por Gilberto Freyre, como reductos sedentarios para dominar progresiva y linealmente en el litoral.

El portugués paria y vagabundo se sirvió en cambio del ganado vacuno (importado en 1550) para extender sus *currais* hacia el territorio misterioso. Y de este modo penetró en las entrañas del país, *"Brasil fora"*, aventura adentro: fecundando indias que parirían *mamelucos;* buscando oro, piedras preciosas, esclavos cobrizos y potreros a un tiempo; desbravando el profundo seno de *las caatingas, matos y tabeleiros;* fundando la grandeza dinámica del imperio bandeirante.

De este modo se definieron dos comarcas sociológicas y dos actitudes humanas: la costa señorial, aristocrática, agrícola, será la cuna del mulato con reminiscencias africanas y tradiciones sedentarias; la turba igualitaria de las *bandeiras* engendrará al pastor nómada, al constructor de las fronteras, al mestizo guerrero de la época colonial. Los unos, según Freyre, serán los fundadores verticales y los otros los fundadores horizontales del Brasil.

◆

Los portugueses se adelantaron a los españoles en la carrera hacia las Indias Occidentales. Estos, en el deseo de hallar un paso hacia las ambicionadas Indias Orientales y de emular a sus competidores soltaron una bandada de marinos propios y *condottieri* ajenos: el andaluz Solís, el portugués Magallanes, el veneciano Gaboto. Y luego, cuando comenzó la tarea portentosa de los Pizarro, los Cortés, los Almagro, los Valdivia, los Orellana, se efectuaron las "Capitulaciones", es decir, las divisiones del Nuevo Mundo entre los que lo colonizarían en usufructo propio y para mayor gloria de la Corona de España.

De este modo, Nueva Castilla se adjudica a Pizarro, Nueva Toledo a Diego de Almagro, el Río de la Plata a Pedro de Mendoza. (Mapa Nº 2). Y hacia el 1547 una Capitulación con Juan de Sanabria le otorga, segregándolas de las de Mendoza, las tierras que hoy ocupa la República Oriental del Uruguay.

Esta historia de la Capitulación con Juan de Sanabria debe narrarse con algunos detalles que la relacionen y la esclarezcan.

En cuanto a lo primero digamos que hacia el 1547 los españoles tenían fundadas a Lima, Guayaquil y Cuzco (1535), Asunción (1536), Quito (1538), Arequipa y La Plata (luego Charcas, Chuquisaca y, en la actualidad, Sucre (1540), Santiago de Chile (1541) y La Serena (1544), mientras que los portugueses, siempre despiertos y activísimos, habían ya emplazado a Pernambuco (1526), Río de Janeiro y San Vicente (1531) y San Salvador, la actual Bahía (1540).


En esta carabela de la escuadra de Diego de Sanabria embarcó el futuro cronista H. Staden.

Respecto a lo segundo, bueno es establecer en qué consistía la Capitulación otorgada por Carlos V a Juan de Sanabria y cómo ella quedó en aguas de borraja.

En el año 1547 don Juan de Sanabria había firmado contrato con el Emperador comprometiéndose a conducir al Nuevo Mundo 250 matrimonios y 100 soldados y a fundar dos pueblos, uno en el Puerto de San Francisco, en el filo mismo de la línea de Tordesillas, y otro en el propio Río de la Plata. De este modo quería Carlos V defender el extenso litoral de la rapacidad portuguesa; y cuando supo que en febrero de 1549 había zarpado Tomé de Sousa con 1.000 hombres de armas y el pomposo título de Gobernador General del Brasil, le apretó el torniquete al remiso don Juan. Lo que éste recibiría no era cosa despreciable. Pero don Juan no pudo zarpar para las Indias porque antes se lo llevó la vieja carabela de la muerte.

Bajo este fúnebre augurio se hizo a la mar su hijo Diego de Sanabria. Y la mala estrella no falló. De sus tres barcos uno se hundió en pleno Océano y los otros dos encallaron en costa brasileña. Por suerte que a bordo venía el alemán Hans Staden y el desastre se trocó en crónica sabrosa e imperecedera.

El hecho que cuenta, sin embargo, fue que los Sanabria no llegaron al Río de la Plata. Ni tampoco llegaría Resquin, a quien en la Capitulación de 1557 se le otorgaron más territorios que a Sanabria, pues podría sacarle el pueblo de La Guaira a la Gobernación del Paraguay.

Cobra forma entonces, siquiera en el mapa, la antigua provincia del Uruguay, cuyo territorio abarcaba, además de nuestro país, los Estados brasileños de Río Grande do Sul, Santa Catalina y Paraná y las regiones argentinas de Entre Ríos, Corrientes y Misiones.

Los portugueses se encargaron, como veremos, de pulverizar esta hermosa quimera.

Daniel E. VIDART.
(Especial para EL DIA).



El naufragio de la escuadra de Sanabria en el litoral brasileño hizo que la Capitulación de 1547 quedara sólo en el papel.

Nueva Literatura Hispanoamericana

"CASAS MUERTAS" de MIGUEL OTERO SILVA

ESTA reciente novela venezolana demuestra una vez más que son inagotables los recursos literarios, cuando se hacen materia prima espiritual de los escritores solidarios con la vida de su pueblo. Y que a mayor abundancia de vida literaria, más se multiplica la riqueza temática para el enriquecimiento de la cultura. En lo que a la novela se refiere, Francia es prueba elocuente de esa tesis. En Venezuela, después de las novelas polémicas de Rufino Blanco Fombona, (y también de sus novelas, "El hombre de hierro" y "El hombre de oro", que marcan el rejuvenecimiento del naturalismo con savia hispanoamericana); del gran fresco mural de toda una nación que forman las novelas de Rómulo Gallegos, y las novelas históricas de Arturo Uslar Pietri, parecería que los temas estarían agotados para una novedad literaria. Pero sucede que, en realidad, no hay temas nuevos, sino variaciones sobre el mismo tema de siempre, el del hombre (1).

"Casas Muertas", de Miguel Otero Silva, que acaba de editar Losada, de Buenos Aires, es una fina variación sobre el tema venezolano. Si su estilo varía del sarcasmo desgarrante de Fombona y del color y sabor tropical de Gallegos, su intención se proyecta sobre el mismo argumento, el del drama del hombre sobre la circunstancia de su historia y de su tierra. Guillermo de Torre señala la ausencia de tropicalismo en el estilo de Otero Silva. Mas preguntamos al autor de "Problemática de la Literatura", ¿por qué el tropicalismo es un defecto per se? Si no lo fue el *lakismo* para los poetas ingleses del XVIII, ni la sumersión del alma rusa entre las nieves lo es para los novelistas rusos, ¿por qué el tropicalismo es, en sí mismo, un defecto de los escritores hispanoamericanos del trópico? ¿No hay un tropicalismo sustantivo, circunstancia que condiciona la vida de los hombres que lo viven? Tropicalismo sustantivo lo encontramos en el ecuatoriano Luis A. Martínez, en el colombiano Eustasio Rivera, en Rómulo Gallegos y en Uslar Pietri, y no es estorbo para la trascendencia en sus obras como documento y como arte.

"Casas Muertas", siendo de tierra tropical, no lo es por el estilo directo de su autor. Todas sus interpretaciones nos conducen a la intimidad de los personajes. Ellos son, naturalmente, el producto de un proceso histórico que convierte a un pueblo en ruinas, sin que por ello sus pobladores hayan perdido su alta jerarquía humana. Viven envueltos de un paisaje de tierra y alma que les ennoblece y entristece a la vez, pero el autor prescinde de detalles decorativos o marginales. Se asoma a las almas, las observa, medita sobre ellas, las impulsa para la vida o para la muerte según su propio determinismo psicológico. Forman una gran novela estas ciento ochenta páginas de prosa fibrosa, de fluir sereno, cortado, escueto, sin altibajos descriptivos, elevándose el tono por el natural impulso patético de los personajes, o descendiendo por la propia declinación de su pesadumbre.

Comienza la novela con la causa que determina su desenlace, la muerte de Sebastián. La muerte, siempre la muerte cerniéndose sobre Ortiz, municipio del Estado de Guárico. El pueblo es un lamento llorando o anunciando la muerte: "La comadre Jacinta está con la perniciosa"; "Nació muerto el muchachito de Petra Matute"; "A Rufo se lo llevó la hematuria". Y esto en una tierra de llanos, horizonte abierto a la luz y al verde tonificante de los pastos. Un medio que siglos antes dio lugar a una convivencia de gente nueva tomando posesión de la tierra y construyendo pueblos. Pueblos que hoy se cuartean en la arquitectura de sus casas y en la fisonomía de sus habitantes.

El autor no hace política, ni sociología, ni filosofía, ni siquiera historia. Se dedica exclusivamente a darnos una impresión de estados de alma individual y colectivo que son el resultado, naturalmente, de una política, de una sociología, de una filosofía, de una historia. Existe prevención contra las llamadas novelas tendenciosas o comprometidas a una tendencia política o religiosa. ¿Pero es que hay alguna obra literaria que no sea el resultado de un compromiso ideal? Incluso la llamada literatura pura, ¿qué es sino el producto de una posición mental en el juego de las oposiciones de un autor respecto de su medio? Por eso, "Casas Muertas", no será comprensible en toda su trascendencia por quienes no estén en antecedentes del proceso histórico venezolano, con su nefasta tradición dictatorial bajo Bisonte Gómez, y la nueva etapa de despotismo sangriento del espadón Jiménez.

¿Novela realista? Sí. De un realismo integral, sustantivo, no de accidentes descriptivos. Pero con ser tan reales el medio y sus personajes, éstos, por la riqueza de sus matices, se convierten en entidades indispensables para la valoración espiritual de su medio. Tan sucintamente presentados, que a veces sospechamos encontrarnos ante esquemas de vida; pero la emoción que de ellos se desprende no les traiciona y aparecen de carne y hueso, con su dolor a cuestas y su esperanza rota. Y el caso es que son voluntariosos, duros para la lucha. ¿Cómo es, entonces, que a estas criaturas, tan bien dotadas para la vida, se les cuartea el pueblo entre sus manos lo mismo que su existencia? Véase, si no, a Carmen Rosa, joven ternura femenina, fortaleza de mujer. Parecería haber nacido para la creación de



Miguel Otero Silva.

un clan familiar de selección, pero todo se lo desvanece la muerte. El señor Cartaya, tipo de liberal masónico que encontramos en los rincones más apartados de Hispanoamérica, viviendo a tono con las resonancias espirituales del mundo, para quienes son vida la libertad, la justicia, la verdad, la dignidad, la solidaridad entre los hombres. El coronel Cubillos, machetero servil de las dictaduras, tipo que también se encuentra en los más apartados rincones de nuestras tierras, libidinoso, aguardentoso, resentido, vengativo, queriendo justificar su abyección con la abyección de los demás. El padre Perniía, un cura de los que, desgraciadamente, ya no van quedando en tierras de Hispanoamérica, cura cristiano, auténtico padre de almas, que va siendo desplazado por seminaristas deportivos, lectores de Marx pasado por el filtro jesuítico, que ya no narran la vida de los santos sino de los Anticristos de antaño, los excomulgados Bolívar, San Martín, Artigas y Martí, como consigna del proselitismo. Y ahí está la señorita Berenice, la maestra, una virgen Ave María en la siembra de conciencias, a sabienda de que las almas no fructifican sin libertad. Don Casimiro Villena, el hombre antes vertical "como el tronco del tamarindo", a quien la siembra de muerte va secando la savia, prolongándole durante años su vivir muriendo, símbolo de la misma decadencia de Ortiz. Y Sebastián, el hombre venezolano, vibrante de paisaje llanero y entereza de cordillera, que no se espanta ante la injusticia y dice que "hay que hacer algo", y encuentra inmediatamente lo que hay que hacer en su voluntad resolutiva, aunque sea la muerte la que le salga al encuentro.

Y las resonancias. Ortiz es ruta de paso para los rumores de lo que se desea pase en Caracas como centro aglutinador de la vida nacional, una revolución que revitalice a los hombres; y del dolor de los estudiantes conducidos al campo de Palenque donde el tirano confina a quienes afirman su voluntad de vida digna. "Este es el camino de Palenque", y por él va hacia a la muerte la juventud venezolana. Dejan voluntad de rebeldía en los habitantes de Ortiz, pero ellos siguen su camino, no entristecidos por el dolor que les espera sino por el dolor de ese pueblo en ruinas, que les hace exclamar: "¡Qué espanto de pueblo! Está habitado por fantasmas"; "¿Y las casas? Más duelen las casas. Parece una ciudad saqueada por una horda"; "Una horda de anofeles. El paludismo la destruyó"; "¡Pobre gente! Y se les nota que son buenos"; "La gente siempre es buena. Los malos no son gente"; "¿Y los niños de aquel pueblo? Tienen el color de la tierra que se comen"; "Son saquitos de anquilostomos"; "Crecen descalzos, con los pies llenos de niguas"; "¡Malditos sean los culpables!"; "¡Qué hermosas fueron vivas aquellas casas muertas!"; "Fueron hechas con un sólido y sobrio sentido de la arquitectura"; "Una casa sin puertas y sin techos es más conmovedora que un cadáver"; "Será necesario levantarlas de nuevo"; "Yo no vi las casas, ni vi las ruinas. Yo sólo vi las llagas de los hombres"; "Se están derrumbando como las casas, como el país en que nacimos".

Y a continuación el éxodo. Del llano y la cordillera los venezolanos, como en casi todas les repúblicas hispanoamericanas, los pobladores son eternos emigrantes. Las caucherías, los bananales, los pozos petrolíferos, el espejismo de las ciudades, crean complejos de desarraigo que obligan al hombre a salir en busca de un poco de eso que llaman civilización, que parece que sólo se consigue trabajando al servicio de los trusts imperialistas. Se desarticulan los pueblos, se desarraigan los hombres. En Venezuela el petróleo ocupa la atención de gobiernos y ciudadanos. Todos viven del petróleo y para el petróleo. Se crea una riqueza artificial. El filisteísmo turístico abre la boca ante los rascacielos que se levantan en Caracas, pero nada sabe de los pueblos como Ortiz que se desmoronan en el interior.

Carmen Rosa, derrumbada su ilusión de novia, reacciona también emigrando con sus familiares. Van hacia el lugar del petróleo, donde dicen que la plata corre abundante y parece posible que el hombre se emancipe del yugo económico. Hay un Oriente legendario en la propia Venezuela hacia el que se vuelven las miradas de los venezolanos como esperando de allí un nuevo sol de rendención. ¿Será posible el milagro?

Miguel Otero Silva con esta emigración familiar parece anunciarnos que algún día nos dirá que fue de su protagonista en el nuevo lugar de su aventura o desventura. Eso obliga a una segunda novela sobre la vida del hombre en los terrenos petrolíferos. ¿Nos la dará algún día? La esperamos. Una segunda novela que vaya completando el ciclo con esta misma pureza de estilo, sin políticas ni sociologías, pero que nos presente al hombre producto de esa política y sociología, víctima en nuestra pobre América de las traiciones de dentro y de las avaricias de fuera.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(1) No incluímos en el grupo de nuevos novelistas venezolanos a Teresa de la Parra, por considerar su "Ifigenia" una novela falsa en la valoración del elemento humano venezolano. Si en sus "Memorias de Mamá Blanca" el estilo adquiere una transparencia de fino estudio de almas, todo hace suponer que su muerte prematura hizo perder a las letras hispanoamericanas una gran novelista, que no creemos se haya logrado en su primera novela.

(Especial para EL DIA).

ENTRE COMPADRES Y COMADRES...



VAMOS a dejar sentado aquí un asunto (que sin duda posee relieves extraordinarios) evadido a la mayoría de los cronistas de nuestra historia. Es el siguiente:

El general Rivera bajaba rumbo Sudoeste, sobre la tierra patria; el general Lavalleja subía, tirando al Noreste. Ambos buscaban un contacto que todo el mundo prejuzgó dramático. Los dos, airados recíprocamente, comandaban hombres que llevaban tercerolas y lanzas que acostumbraban a usar con vigor y con valor. Hubo contacto; pero fue cordial, amable, afectuoso, digno, y lógico, en dos tipos superiores, bien hijos de su época, que se dudaban a veces, pero que se querían y respetaban permanentemente.

Bien. Formaba parte en la plana mayor de don Juan Antonio el sargento Francisco Valverde. Su cuerpo, de proporciones desmesuradas, desde sus doce años habíale valido el sobrenombre de Pancho Ombú. En esa marcha que hacía su jefe —la que recién dijimos— montaba un caballo overo negro, gordo y sonador de coscojas; y cargaba un sable gigantesco. Cuando desmontaba y desensillaba, iba a la carreta de la plana mayor y de ella sacaba un trabuco que atravesaba sobre su vientre, un arma imponente aún en aquella época en la que había trabucos cuya boca parecía un túnel ferrocarrilero. Esta máquina mortal poseía su leyenda.

En el estado mayor de don Frutos iba un ser singular. Era Fermín Patrocinio, mulato chiquito —que también había merecido las jinetas de sargento—. Usaba consecuentemente la lanza más larga del ejército, por buen nombre La Primorosa. Su hoja onduleda, y su media luna siniestra, brillaban siempre. Permanentemente Patrocinio cumplía con un rito solemne: ensebar sus metales todas las mañanas. Cuando alguien lo interrogaba sobre el porqué de este rito, contestaba:

—No se sabe nada de nada, y naides de naides. Quiero que ésta —por su lanza— salga bien por mucho sebo que dentre mal por mucho ferruje.

Esta lanza —como aquel trabuco— tenía extendida menta.

*

Hubo —como dijimos— contacto cordial entre los jefes. Chasque viene, portando un billete cortón que encabezaba un "querido compadre"; chasque va, llevando otro con un "estimado compadre"; los héroes se acercan, y en un galpón, iluminados por las llamaradas de un fogón homérico, se abrazan. Y comienzan un coloquio cuyas palabras nadie sabe, pero cuya esencia fue —sin duda— el bien de la patria. Y aquí llega el episodio que mueve nuestras palabras, que nos ha llegado vivo y exacto, pues sucedió luego del encuentro, en seguida de tratado y terminado el asunto político que acercó a aquellos dos grandes hombres.

Don Frutos y don Juan Antonio conocían profundamente las aristas de un incidente habido entre sus dos ordenanzas de confianza; Pancho Ombú y Fermín Patrocinio. Sabían el odio que ambos se profesaban y el juramento de muerte que habían expresado en sus respectivos pagos.

Don Frutos, travieso, socarrón y ladino, le dijo a don Juan Antonio:

—Compadre, ¿siempre lo sigue Pancho Ombú?

—Siempre. No ha desmentido el apego que me tiene. ¿Por qué, compadre?

Rivera pasó por un breve silencio en el que le asomó una leve sonrisa en la boca. Después habló:

—Porque conmigo viene Patrocinio. Ahí lo tengo... ¿Vamos a enfrentarlos, compadre?

—No sé si haríamos bien...

—Ningún mal vamos a hacer. Usted sabe bien las púas que calza su gallo. Han de ser como las del mío... que son de corcho.

Don Juan Antonio ordenó que se presentara Valverde, quien entró al galpón con marcial e imponente ruidaje de sable y lloronas. Cuadrado quedó ante los generales. Lavalleja le dijo:

—Mi compadre le tiene que hablar, Valverde.

—Sí, sargento Valverde —dijo Rivera—. Sucede que conmigo viene el mulato Patrocinio, y ya me está cansando con sus bravatas. Yo te pido, y creo que mi compadre te va a ordenar, le des una sumanta a fierro; pero pegale de plano, porque si le das de hacha lo partís al medio, y al fin y al cabo él es buen cebador de mate.

En eso entró Fermín, al que Rivera ya había mandado llamar.

—Bueno, Fermín —siguió don Frutos— ahí tenés a Pancho Ombú. Mañana al toque de diana se van a cobrar las cuentas que se deben; y yo por mi parte te ordeno y mando que pagués y cobrés puntualmente; de no, pongo cuatro tiradores a diez metros de tu barriga ¡y a volar! Creo que mi compadre piensa del mismo modo en lo que le corresponde al sargento Valverde.

Lavalleja habló, con voz baja y profunda:

—¡Del mismo modo! Mañana, Valverde, tiene que terminar con ese pleito.

Ombú era bastante bruto. Y como la escena —y lo inesperado de ella— era impresionante, quedó petrificado. También quedó un momento suspendido Patrocinio; pero reaccionó pronto, pues era de lengua bastante sobada y el amanecer no estaba lejos. Dijo:

—Mi general, si es orden no habrá más rimedio; pero no sé de ande un asunto viejo y privao va a tener que asolearse a la vista de tanta gente.

—Por viejo es que habrá que terminarlo, y por privado que ventilarse —dijo Rivera—. No quiero más dimes y diretes en mi estado mayor. ¡Así es que andá a echarte un poco, y al toque de diana te me presentás de a caballo y con La Primorosa ensebada! Y si tenés algo que encargar, por las dudas, decímelo ahora mismo.

¡Pucha, qué mal sonaron esas palabras en los oídos de ambos sargentos! Valverde continuaba de piedra y Fermín comenzó a rascarse, ese rascarse de cuando se apela a la inspiración definitiva. Y esa inspiración vino.

—Pero dígame una cosa, mi general, deme su venia pa preguntarle...

—Bueno, hablá —contestó Rivera.

—Usté y el general Lavalleja, ¿no enderezaron el uno contra el otro con miras de toparse? Yo he óido de un pleito... ¿Ande está ese pleito, ande quedó la topada?

Don Frutos bajó los ojos y los llevó al ardiente braserío. Los levantó en seguida clavándolos en Fermín. Le respondió:

—Nosotros somos compadres, sargento Patrocinio, y ese es un parentesco que nos priva pelear. Yo no sé que vos y Ombú sean compadres...

Rápido, como quien tira un manotazo, semiboyando en una correntada, a una rama que se acerca, dijo el mulato:

—No, mi general, no semos compadres; pero nuestras doñas son comadres, y no está bien ni será legal, ¡canejo!, faltar el rispeto y quebrar la parentela a esas pobres inocentes que nos están cuidando crías y rancho, mientras nosotros andamos comiendo gordo y chiniando a lo gato.

Dicen que la carcajada que explotó don Frutos hizo volar brasas y tizones.

*

Al toque de diana Valverde ensilló y enderezó al campo de Rivera. Buscó a Fermín y lo halló cumpliendo su rito. Le gritó:

—¡Fermín, vengo a darte un abrazo, con tu consentimiento!

Se apeó, Fermín se levantó y se apretaron largamente entre sus brazos.

—Mirá, hermano querido —dijo Ombú después de un emocionado callar—, ¿diande sacaste esas crías, esas doñas y esos ranchos, si yo en mi vivir no he tenido terrón con quincha y menos recuesto y enganche a polleras?

—¡No sé, hermanito, diande saqué tuito eso; pero sé que si no lo saco a estas horas vos y yo estábamos de carniza pa cuervos! ¡Fijate que han acabao de tocar diana!

José MONEGAL

(Dibujo del autor)

(Especial para EL DIA)



Madre de Rembrandt.



El Puente del Six.



Anciano con la mano en el sombrero.

EXPOSICION HOMEN

EL Maestro de la Pintura Holandesa; uno de los más grandes genios que ha dado la Humanidad en el mundo de las Artes: Rembrandt Harmensz van Ryn. Rubens en Flandes, y Velázquez en España son sus pares, pero la pintura de aquél, había de desprenderse completamente de cuanto se haya realizado. Su gran genio radica en el "resplandor" de luz que desliza entre las sombras, sin que éstas pierdan su penumbra y el misterio que envuelven las cosas.

Lo intangible fue para él algo que estuvo entre sus manos...

Espíritu, fuerza interior que demandaba la más sutil interpretación de la Belleza Pictórica, acunó ese don único: las transparencias que nos hacen vivir la vida de las sombras. La técnica indescifrable; porque sobre ella supera la expresión. Y es una de las más escondidas, sino la más, que existe en el mundo de la Pintura. Barnices, aceites, fundido y modelado de la forma por medio del color: pasta y liviandad, tierras rojizas, ocres y una gama dorada dominante sobre los tonos en escala, con grises y destellos de un oro luminoso en los puntos culminantes...

Su poder intenso volcaba en sus obras toda la pasión que sentía su ser, hecho para la vida interior, expresada en belleza. Sin embargo, así como fue de los pocos elegidos que supo llegar a la cumbre y a la grandeza, labró su desgracia hasta la mendicidad de ser modelo de uno de sus discípulos para poder sobrevivir.

El mundo entero se inclina hoy ante el 350 aniversario de su nacimiento. Nuestro país no podía dejar pasar esa fecha. Es por ello que el Concejo Departamental de Montevideo, en colaboración con la Escuela N. de B. Artes, el Instituto Cultural Uruguayo-Holandés, y los auspicios del Ministerio de Instrucción Pública, así como la Legación de Holanda en el Uruguay, han propiciado esta exposición, que se realiza en el Subte Municipal, como un homenaje a aquel gran pintor.

Se ha encarado con sentido didáctico; el mismo que primó en la pasada exposición del grabado. Y vuelve a ser el grabado, aquí en manos de un verdadero maestro, lo más importante, ya que los originales que se exhiben pertenecen al gran holandés y son sobre planchas que aún existen en su mayoría. La organización vuelve a ser eficiente. La historia del artista es *narrada* en sus más fundamentales valores. Comienza con grandes fotografías de la casa del pintor, la que enjoyó con piezas que compraba a grandes precios, porque le agradaba la vida opulenta y en consonancia con su destino de intérprete de la Belleza. Luego sus aposentos, sus elegidos muebles de estilo... Todo respondiendo a un concebido plan que va llevando al visitante hasta la serie famosa de sus autorretratos, donde se aprecia más que en ninguna otra evidencia, las riquezas y miserias de su vida, y las siempre y cada vez más grandes y sublimes virtudes de su arte. Este estudio del proceso de su vida a través de sus autorretratos, es uno de los notables aciertos de la organización



Cristo arrojando a los mercaderes del templo.



Mendigo sentado sobre una colina.





El triunfo de Mardoqueo. Original 1650.

...JE A REMBRANDT

...a de la exposición. Las reproducciones de sus obras, en color, ... la sensación en muchos aspectos de la recordación bastante ... de sus cuadros, se halla robustecida, diremos que por lo que ... tangible en cuanto a ser pintura original, la de su discípulo, ... Drost, del que se presenta el cuadro "El Flautista" (obra ...da por el Dr. Valentiner). También se exponen una cantidad ...oducciones de pintores de la época, y la copia que realizó ... de la "Ronda Nocturna", copia al carbón, con acentos blan... la luz, y que es un aporte extraordinario. Reproducciones co... de Franz Hals, Vermeer con "La bordadora" y "Cabeza de ... de Rubens, de Van Dick...

*

... el grabado abarcó la vida en todos sus aspectos. La vida y la ... Fue el humanismo de Rembrand, cuando la vida sacudó ... más íntimo de su ser el impulso injusto de la no compren...ando produce sus mejores grabados. Su gran sensibilidad ...a como tocada por un estilete, y se hace inagotable el ma... de este arte que mira vivir, aunque su fantasía y lirismo ...ya con el desaliento.

...mo un reloj que abarcara el vivir del universo, Rembrandt ...u aguja de acero para verter en el dócil cobre, escenas que ...ina, que él ilustra, o que toma de la verdad de la calle. La ... pordioseros, una de las más bellas expresiones de arte doloroso, la ejecuta cuando él ambula por los puertos y las callejuelas, sintiendo de cerca las tristezas de la carne, y el dolor de los más humildes. Rembrandt es sensible a ello, y nos deja esa magnífica colección, "Mendigo sentado", "Ancianos", "Pordiosero pierna de palo", "Anciano con la mano en el sombrero"...

Se inspira luego en el antiguo testamento, y salen sus aguafuertes con la marca de la imaginación en profundas sombras y rutilantes luces. "Adán y Eva", "Cristo arrojando a los mercaderes del templo". Después, "José y la mujer de Putifar", "La cena", "El Apóstol"..., "Adoración de los Reyes". Y en otra serie el "Retrato de la madre", "Paisajes de Holanda'", "El Puente del Six"...

Sería pretensión absurda querer analizar en nota somera valores como tan grande artista. Aparte de que se impone toda su obra por la fuerte expresión que traduce, y que llega infaliblemente al profano como al más ilustrado de los seres. Nuestra nota de hoy es de homenaje que adhiere a los que se realizan en el mundo entero, recordando la luz que creó un genio que, como tal fue sublime, y la vida que vivió un hombre que, como tal, fue de riqueza y de miseria, de soberbia y de humildad: miserias y virtudes del alma humana que no todos comprenden, y que el tiempo hiende por los Siglos como una constante del recuerdo...

Eduardo **VERNAZZA**

(Especial para **EL DIA**).



"Pordiosero pierna de palo".



"Adán y Eva".



José y la mujer de Putifar.

MALDONADO Y SUS PRIMEROS POBLADORES

FECHADA en Montevideo a 26 de agosto de 1757, hallamos en el Archivo General de la Nación un oficio que dirige al Rey Carlos III el Brigadier de los Reales Ejércitos, del orden de Calatrava y Gobernador de aquella jurisdicción, don José Joaquín de Viana, dándole cuenta entre otras cosas de las providencias tomadas para incorporar a los catorce pobladores que tiene establecidos en Maldonado, las siete familias procedentes de los pueblos de las Misiones, de San Lorenzo y San Miguel, que trajo consigo a su regreso de aquel territorio y está manteniendo en la ciudad residencia de su gobernación. Contiene este oficio que en seguida transcribimos parcialmente, algunos elementos de verdadero interés, evocadores de los inicios de la nueva población y de los *intereses* en juego que al decir de su ilustre fundador determinaron las providencias tomadas para su establecimiento. Reunidos estos elementos, a los contenidos en otras comunicaciones más conocidas de Viana, al testimonio de don Benito Brioso y de Teodoro Jacobo que hemos dado a publicidad y a los datos que sobre la situación y estado de Maldonado da el Brigadier don Thomas Hilson en comunicación al Capitán General don Pedro de Cevallos de fecha 12 de mayo de 1759 —apenas a un año y medio del establecimiento definitivo de Maldonado— iremos alcanzando una visión más completa de los momentos iniciales de la nueva población.

Refiriéndose a los catorce primitivos pobladores, dice Viana en el oficio de referencia: *"Con efecto han subsistido y se hallan hoy haciendo sus sementeras, y se hallan gustosos de no desarraigarse de aquel paraje"*. Decimos nosotros, como si ya los hubiera alcanzado y conquistado el hechizo de las aguas de la fuente que conocerían más tarde, por Cachimba del Rey.

Contiene además la nota del Gobernador, informes de los indios misioneros que lo acompañaron: indígenas que durante la guerra, habían servido como *prácticos* y en *comisiones* del servicio del Rey, ejecutadas éstas con toda fidelidad; que más tarde terminada la lucha, le habían solicitado *asilo y protección* a fin de evitar los inconvenientes de quedarse entre los otros, es decir con aquellos que habían batallado heroicamente contra la incorporación a Portugal. Como estaban dispuestos a establecerse donde se les señalara destino, apunta Viana, y considerando que el obligarlos a vivir contra su voluntad entre los demás indios favorecería su huída y su vuelta al estado salvaje, transformándose en vagos y ladrones, parecióle conveniente destinarlos a poblar Maldonado a cuyo efecto consultó a Cevallos y al Marqués de Valdelirios quienes convinieron en sus propósitos. Manifiesta por último el deseo "de que vivan en la misma conformidad que los primitivos pobladores cultivando la tierra con sus sementeras y criando sus ganados"; nos hace conocer asimismo las medidas de buen gobierno que ha tomado para proveerlos —con el menor dispendio para el erario— del ganado que tiene dispuesto suministrarles, así como la procedencia del cura que tendrá como misión proporcionarles *el pasto espiritual*. (1)

He aquí la parte del oficio de Viana que nos interesa: "Siempre he permanecido en el desvelo de conservar los catorce Pobladores que puse en la de Maldonado los que con efecto han subsistido y se hallan haciendo sus sementeras, y criando sus ganados con ánimo gustoso de no desarraigarse de aquel paraje.

"De los Indios de los Pueblos de Sn. Lorenzo, y Sn. Miguel sirvieron algunos de prácticos, y en comisiones que se les encargaron del servicio de V. M. las que ejecutaron con mucha fidelidad; éstos se asilaron de mí exponiendo algunos inconvenientes que les podrían resultar de quedarse entre los otros, y pidiendo con grandes instancias los amparase, y protegiese para pasar a establecerse a donde fuere de mi arbitrio.

"Considerando que de obligarlos contra su voluntad a subsistir entre los demás indios era muy regular que se huyesen a vagar por las campañas perdiendo la sujeción y doctrina, y ejecutando con la unión de los infieles, latrocinios y muertes, como lo hacen otros fugitivos de los mismos pueblos, y pareciéndome que en ninguna parte se podían poblar mejor que en Maldonado, lo hice todo presente al Capitán General D. Pedro de Cevallos y al Marqués de Valdelirios quienes impuestos de las circunstancias con-

de 4 de Dizbre. de 1755 lo que m...
â hecho suspender el princip...
la otra Población de la Sierra
de las Minas, y sobre esto a...
pto. espero que V.M. se dign...
mandarme adbertir su sobera...
na voluntad para el acierto
de mi fiel obediencia.
Dios guarde la C.R.P.
V.M. como sus Vasallos, y la
Christiandad necesita Mont...
video 26 de Agosto de 1757.
Joseph. Joaqn. de Viana

Pie del documento cuya transcripción parcial hacemos, con la firma del ilustre fundador de Maldonado, José Joaquín de Viana, Brigadier de los Reales Ejércitos y primer Goberna... de Montevideo.

vinieron en que los trajese a mi retirada; en esta conformidad se han venido conmigo siete familias que se componen de los que comprende la lista adjunta, los que estoy manteniendo en esta ciudad hasta fin del mes que viene que tengo resuelto trasladarlos a dicha población de Maldonado a donde van gustosos.

Allí tengo ánimo de que se establezcan con los catorce primitivos pobladores, y vivan en la misma conformidad, que aquéllos cultivando la tierra con sus sementeras, y criando sus ganados para cuyo principio les he de dar lo que en la relación consta sin que para ello grave al Público, ni al erario de V. M.; pues las vacas, y caballos son de los que se han decomisado a los ladrones, y contrabandistas que los robaron, y compraban de los que sin dueño están entre el Río Negro y el Queguay, y extraían para los dominios de Portugal de cuyas presas voy formando la estancia a V. M. para la subsistencia de la tropa, y desterrados: las yeguas son de la misma estancia que sirviendo de perjuicio por su demasiado número era preciso matarlas, respecto de que aunque se quisieran vender no se hallaría comprador, y en caso que lo hubiere sería a real y medio o dos reales cada una que es su regular precio. Y deseando que tengan el pasto espiritual que necesitan para conservarse como buenos cristianos respecto de la imposibilidad de hallar y mantener sacerdote clérigo, ha convenido con el Padre presidente del Hospicio de San Francisco de esta ciudad, franquee un cura interín que V. M. se digne otra cosa."

En la llamada damos los nombres de estos pobladores indígenas incorporados al grupo primitivo enviado por Viana en el año 1755 al iniciarse la campaña; este primer grupo, ateniéndonos a la declaración de Benito Brioso que cita la Srta. Florencia Fajardo Terán (2), estaría constituído por los hermanos José y Benito Brioso y once soldados entre infantes y dragones.

Poco conocemos del arraigo logrado por estos vecinos en la nueva población y sus alrededores: así sabemos que los Brioso, Matheo Moleras, José Vivas (debe ser el nombrado Biver), Manuel Franca poseían estancias; Moleras hacia el José Ignacio donde existía un paso que se conocía por su nombre. De José Brioso sabemos que sirvió en la Compañía de Milicias de Caballería al mando de Dn. Martín José Artigas y que estuvo prisionero alrededor del 84 u 85, en Río de Janeiro. (3)

En el padrón de vecinos de la ciudad de San Fernando de Maldonado que se levanta en agosto de 1783 (4) vemos figurar —de todos éstos— únicamente a Benito Brioso, casado, sin hijos y con un esclavo. Quizás un Bartolomé The. de Indios, casado, con tres hijos, que contiene dicho padrón, corresponda a alguno de los dos que con ese nombre aparecen en la relación de los pobladores indios, venidos con Viana; un tal Manuel Moleras, viudo y con un hijo, puede ser descendiente del primitivo Matheo Moleras.

Las circunstancias que rodean el avecindamiento de ambos grupos —con limitados recursos y medios de trabajo, y también con el reducido apoyo que para subsistir reciben de Viana— nos dicen de la modestísima condición de estos pobladores de un lugar aislado, como era entonces Maldonado, sin otras perspectivas de prosperidad que las menguadas que le ofrecía la vida pastoril primitiva y ruda.

A poco que meditemos sobre estos hechos y tengamos presente la importancia que alcanzó más tarde el lugar como obligado punto de escala, de acuartelamiento de tropas, de depósito de pertrechos y víveres, de aprovisionamiento para las naves que a tal efecto ganaban su amplio puerto y para las fuerzas que se movían hacia la frontera en la transitada ruta Montevideo - Río Grande, y que nos representemos el considerable aluvión humano que fue dejando en los lugares estratégicamente dispuestos ese incesante trajín mientras Río Grande estuvo en manos españolas, comprenderemos las escasas posibilidades que tuvieron aquellos pobladores de perdurar en el lugar de su asiento primitivo. Quizás lo consiguieran quienes establecieron mayor arraigo en el campo —en sus estancias y chacras— si no hubieran mediado las dificultades y los riesgos que para su prosperidad les opuso siempre una campaña recorrida por indios ladrones, por bandoleros y contrabandistas, que, con sus continuas depredaciones quebrantaron muchas veces la moral de los campesinos y los redujeron al más extremo estado de pobreza. (5)

*

Simultáneamente con la fundación de Maldonado toma cuerpo la idea de hacer de su puerto una importante posición militar para evitar la invasión de los territorios inmediatos tan codiciados por los portugueses y celar la entrada más segura y expedita al Río de la Plata que se efectuaba por el llamado canal del Norte. Digamos aquí de pasada, que fue el genio militar de Cevallos quien concibió esta idea con criterio realista; quien dio comienzo e impulso a su ejecución y que si la fortificación de Maldonado no alcanzó las proporciones por él previstas, se debió principalmente a que sus continuadores pusieron el mayor empeño en entorpecerlas. No bien arriba Cevallos al Río de la Plata sustituyendo a José de Andonaegui a fines del 1756 dispone que Thomas Hilson destaque allí una guardia formada por un cabo y doce infantes, constituyéndose —así lo creemos— la primera guardia permanente del puerto de Maldonado. Más adelante, 1º de abril del 59, ante un nuevo amago de los lusitanos de adueñarse del puerto, ordena al mismo Brigadier T. Hilson que pase a Maldonado a hacerse cargo de su guarnición y refuerza ésta con cien hombres que debe poner Viana a sus órdenes. Thomas Hilson en respuesta se dirige a Cevallos en el oficio que citamos más arriba, del que transcribimos en seguida donde describe el lugar indefenso y desolado que era Maldonado; da noticias de su población: origen de la misma, número de vecinos y guarnición que la cubre.

Dice Hilson:... "Me veo en la indispensable obligación... de hacer presente a V. E. que el referido Puerto de Maldonado, se halla hoy totalmente indefenso, y no lo compone otra cosa más que un Islote que cubre la ensenada, árida ésta, sin la menor fortificación, con cuatro miserables ranchos de paja, y alrededor de doce vecinos que se han puesto allí, los seis o siete soldados, ya ancianos, que o por sus enfermedades y vejez, por eximirse de la Campaña pasada abrazaron este destino de igual número con corta diferencias de familias Tapes, que deseosas de su libertad tan apreciable, siguieron al Gobor. de Montevideo Dn. Joseph Joaquín de Viana cuando regresó de las Misiones, quien tuvo por conveniente colocarlas allí, y de una guardia de un cabo, y doce Infantes que con orden de V. E. cuando llegó de España puse yo, la que he llegado a entender está reforzada hoy, con otros tantos más. Todo al cargo de un subalterno destacado de la dha. guarnición, y que verificándose el refuerzo de cien hombres que V. E. ordena, se compondrá el Total de ciento veinte y cinco a treinta de guarnición; y el de sus Vecinos apenas llegarán a treinta más...". (6)

Montevideo, julio de 1956.

Atilio CASSINELLI

(Especial para EL DIA)

Fotografía aérea: del Servicio Geográfico del Uruguay.

---

(1) En 1754 por oficio del 16 de julio, Viana proponía la fundación de dos poblaciones en el Puerto de Maldonado y en las Minas para evitar la extracción de ganado hacia Río Grande y contener las invasiones de los indios enemigos. "Servirá —decía— la Poblazn. de Maldonado pa. abastezer a los Navíos que toquen en aquel Puerto así los qe. navegen pa. el Río de la Plata como los que passan al Sur y así se haze alguna fortificación Impedirán que los Enemigos tengan el Refugio del Puerto Aguadas y Leña o que los Extranjeros establezcan alguna Colonia pa. el Ilícito comercio". Arch. Gral. de la N. Lib. IV Col. M.F.E.

(2) Infantes: Juan De Dios, comandante; José Bivar; Francisco Pérez; Antonio Alanís; Isidoro García; Mateo Moleras; Diego Sánchez; Chaume de tal (Bartolomé Jaime?); Manuel Franca; Nicolás Tornel y dragón Francisco Moreno.

(3) Archivo Gral. de la Nación. Fondo Arc. Adm. Caj. 150 carp. 5ª. Doc. 82.

(4) R. R. Caillet Bois "Apuntes para la historia de Maldonado".

(5) Diario de la 2ª Comisión de Límites de Diego de Alvear.

(6) Colección M. Falcao Es alter libro XIX 1ª serie Arch. Gral. de la Nación.

Conjunto de la ensenada de Maldonado con el territorio inmediato; repetidamente vieron los españoles, en ella, la llave del Río de la Plata; los portugueses la codiciaron siempre para asegurar con su posesión el dominio de sus aguas y de los ricos territorios de esta banda. —A. Probable ubicación del establecimiento primitivo (1755) entre la laguna del Diario y el Abra de la Ballena.

Relación de las familias de indios tapes, procedentes de los pueblos de San Lorenzo y San Miguel, que trajo a su regreso Viana, en 1757, para poblar Maldonado.

INFORMACION GRAFICA





El rector de la Universidad de Buenos Aires, profesor Alejandro Ceballos, distinguido huésped de Montevideo, disertó en el paraninfo sobre la "Autonomía Universitaria Argentina"



En el local de la escuela "Sanguinetti" se inauguró la discoteca "Eduardo Fabini", acto que congregó a alumnos y autoridades del instituto, y la señora viuda del gran compositor, haciendo uso de la palabra el escritor Santiago Dossetti.



Acto realizado en la Asociación de Funcionarios Municipales, con motivo de la inauguración de su nueva sede, actuando el Coro Municipal bajo la dirección del maestro K. Pah...



A beneficio de la "Scuola Italiana di Montevideo", se realizó un festival en el Radio C... exhibiéndose un buen número de películas documentales italianas.





Señora CELIA ALVAREZ MOULIA DE AMEZAGA, figura que tuvo destacadísimos relieves en nuestra sociedad, tanto por su posición en el mundo oficial, esposa del ex-Presidente de la República Dr. Juan José Amézaga, como por sus virtudes personales que la llevó a una constante actividad en instituciones benéficas, y por sus condiciones intelectuales. Fue de una gran belleza que, unida a su simpatía personal le conquistaba el afecto de cuantos tuvieron la ventura de su trato. Su desaparición ha causado profundo dolor.



Partió otra misión militar uruguaya a Usarmcarib School, compuesta de oficiales y clases de distintas armas del Ejército.

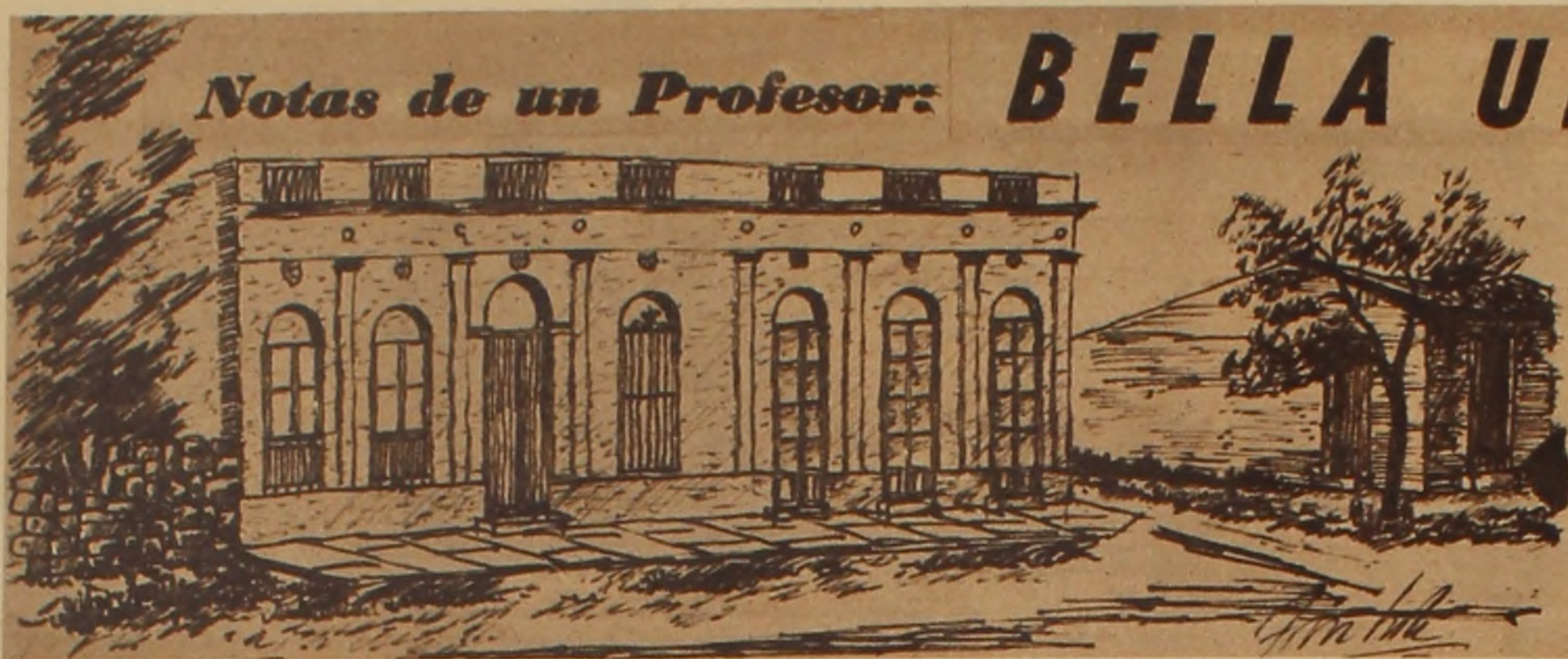


Inauguró su ciclo de conferencias en la Facultad de Química y Farmacia, el doctor E. S. Guzmán Barrón, distinguido bioquímico peruano que dirige actualmente el Departamento de Medicina de la Universidad de Chicago.

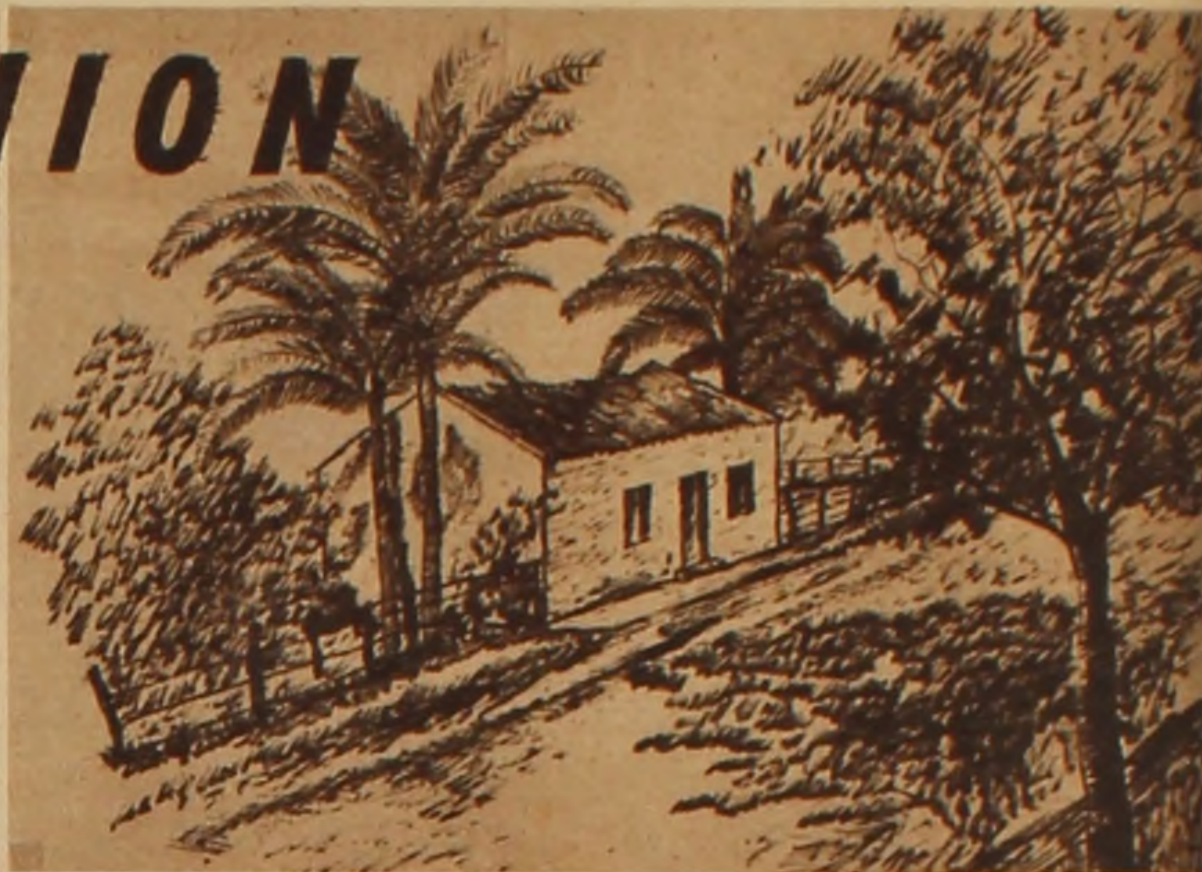


Homenaje de la Escuela Nº 33, de 2º Grado, a la República de Colombia, de la cual lleva el nombre, en la efemérides de la fecha de su independencia, habiendo asistido al acto el señor Embajador doctor Luis A. Flores y sus familiares.

Notas de un Profesor: BELLA UNION



Antigua casa de comercio de Jaureche y Ansorena.



Casa de los Amuedo.

LA vivencia intencional del vagabundeo por estas calles silenciosas, asoleadas y olorosas, nos distrae también, de la naturaleza, cuya percepción captamos subconscientemente, para detenernos en la inmediata objetividad. Miramos lo que vemos. Caminamos con los ojos alzados y la mirada se escapa de las gravas que pisamos, para demorarnos en la contemplación de los edificios, que ordenan esta pequeña ciudad. Sus casas desparramadas como al desgano por el dintorno municipal, no nos dan el sentido de su organización, que indudablemente tuvo al iniciarse este paro del tiempo, para afincarse en la vida. Este caserío olvidado en el vértice opuesto a la hipotenusa Salto-Artigas, está a trasmano para el tránsito del comercio y se fue aislando paulatinamente, hasta perderse en la historia. Pero este rincón del Uruguay ha vivido en el tiempo y pocas poblaciones ponen en vigencia las distintas etapas de su desarrollo, en las que ha dejado su enjundioso enraizamiento. El relato y la leyenda desparrama la historicidad de los hombres, que estuvieron o pasaron por aquí y quedan aún los rastros de muchos lugareños como plantas exóticas adheridas a la flora circundante. Ya en los siglos *XVII* y *XVIII* se movieron los hombres en torno de este rincón privilegiado, que une democráticamente a tres entidades estatales y cuando los jesuítas intentaron dominar la hegemonía de esta región de América, detuvieron mesuradamente sus pasos humanos en las orillas de estos ríos, denominando con el recuerdo de una figura memorable en sus dogmas, al puerto fluvial de Santa Rosa. Ese nombre fue heredado por los españoles colonizadores y pasó luego a las manos de los gauchos de Artigas y de Rivera, hasta cambiarle, cuando cumplió cien años de vida. Esta pequeña población muestra el tránsito de la vida civilizada en la naturalidad de su vivir y rasgando un tanto la pátina que el tiempo ha puesto en la materialidad de sus cosas, podemos ver el traspaso de su sociabilidad en su afán de vivir. Vivió sola y aislada, pero vivió intensamente consigo misma.

La historia de su sociabilidad ha quedado gravada en su arquitectura simple y elemental. No fue sólo un refugio la casa en que vivió esta gente, sino que con un sentido más profundo construyó en diferentes períodos, la arquitectura de sus casas y podríamos sutilizar un poco nuestra intención de conocimiento, agrupando en cuatro etapas el desenvolvimiento de la cultura elemental de Bella-Unión.

Se inicia la estabilización de la vida civilizada en el período colonial de nuestra historia y se afinca su arquitectura con el terrón de tierra amasada y condicionado para construir el rancho. Esta fue indudablemente la primera manera de construír y dar forma a la vivienda primitiva, que fue combatida y deteriorada por las fuertes crecientes del río Uruguay y del río Cuareim y el empuje feroz del viento de los tornados periódicos. Este fenómeno lo registra la ciencia; lo registra, lo confirma y lo explica. Bella-Unión está en la zona de la línea media entre las altas y bajas presiones atmosféricas y es en este cielo maravilloso, que periódicamente se altera el equilibrio de las presiones, produciendo horrorizantes huracanes y tornados.

La construcción primitiva y endeble no podía resistir la furia del viento, pero los encantos de la naturaleza y la generosidad de la vida, les indujo a transformar sus métodos de construír y a utilizar elementos más consistentes y coherentes, que los que empleaban para mantener la estabilidad de la sociedad del lugar. Florecía este grupo de hombres con el comercio que se desarrollaba con los productos venidos de tierra muy adentro y que conducían los jesuítas en sus carretas hasta este puerto, para trasbordarlos a nuestra orilla y desparramarlos luego, por todo el territorio oriental.

El florecimiento comercial de este rincón atrajo una consciente e inteligente emigración de vascos secundones que se allegaron a Bella-Unión con el recuerdo de sus casas señoriales dejadas en España. Y pretendieron vivir aquí como se vivía en sus regiones nativas. La cortesanía y la tertulia fueron los instigadores del bien vivir y recuerdan aún algunos habitantes, los festejos de la vida social de antaño. Gozó la población de un intenso influjo vital, como si un viento de esperanzas sustituyera a los tornados y huracanes. El comercio se fue intensificando y los medios de transporte se fueron modificando y con la carreta y la diligencia se introdujo también el barco, para servir las necesidades de andar y de venir, que tenían estos pobladores. Más tarde, la ganadería iniciada en las pulperías, fue transformando el primitivo vivir expansivo de Bella-Unión.

Y con estas evoluciones de las necesidades de la vida, evolucionó también el sentido de la casa y se fue dejando el terrón de tierra, para reemplazarlo por el ladrillo y nuevas influencias fueron modificando la arquitectura de la vivienda, elevándose su sentido con la influencia de la arquitectura portuguesa. Esta influencia es evidente y vemos su estructura y la teja de sus techos en la casa de los Torre Méndez —la construcción más antigua— que se coronan con la elegancia de un cornisamento correcto y lógico. Este período de la influencia portuguesa es el que sucedió al terrón de tierra primitivo e inicial de la arquitectura de Bella-Unión y al que podemos clasificar, como el segundo período de la civilidad bellauniense.

Santa Rosa del Cuareim —que así se llamaba esta población— prospera y hay un tránsito del comercio hacia el norte, que arrastra también la vida. El río Uruguay interesa ya a los habitantes de esta zona, como una vía de expansión, ya que Montevideo era como un sueño, que se despertaba a través de la distancia, engrandecida por los malos caminos de tierra y por los ríos y arroyos, que interrumpían el paso. El río Uruguay, en cambio, era magnánimo y ofrecía la tranquilidad y la tersura de su superficie para deslizarse por ella. Y así fueron surgiendo embarcaciones y hasta se estableció una línea permanente de transporte marítimo, hacia Uruguayana en el Brasil y a Paso de los Libres en la Argentina, que intercambió el comercio y la civilidad de esta región. Se estableció en ese entonces, un fuerte comercio de artículos marítimos y en la casa de Jaureche y Ansorena se instaló un gran establecimiento de ramos generales y especialmente enseres de mar.

La construcción de esa casa perdió la influencia arquitectónica portuguesa y refleja las enseñanzas de Viñola, traídas con los entusiasmos de la emigración italiana, llegada al lugar. La teja portuguesa y el encierro en el paralelogramo de la distribución de la vivienda, como en la vieja casa de los Amuedo, fueron abandonadas y son las reliquias de este trance vivencial, que quedan desparramadas en la geometría del pueblo. Los Jaureche y Ansorena se valieron de la arquitectura italiana para la erección de su casa, en la que funcionó el comercio más importante de la población a fines del siglo pasado. Pero estos señores, además del local del negocio, se preocuparon muy especialmente del ambiente familiar y la casa consta de amplios dormitorios y servicios; de un espacioso comedor y de un salón de recepciones decorado lujosamente, cuyos muebles quebrados y apolillados se conservan todavía, en un depósito de la casa. Suntuosos bailes se realizaron en ese ambiente y vuela la leyenda de esos aconteceres en las charlas vespertinas de algún que otro descendiente. Ese período de Santa Rosa del Cuareim y que corre a fines del siglo pasado y principios de éste, fue el de mayor trascendencia en su vida social y quedan aún sus rastros en numerosas construcciones viñolescas, como la casa de los Barreto y las Arcadas del comercio de la esquina de la plaza, construídas por Galli, que alinean las calles amplias y silenciosas del Bella-Unión actual, señalando con esta arquitectura el tercer período vivencial de su tránsito. Sus finos y elegantes cornisamentos; sus esbeltas pilastras y sus arcos son la expresión ornamental de la estética de esta arquitectura, que dejaron los manuales de Viñola.

Se desarrolló la granja y ya que el clima se prestaba, floreció la viña que habría de producir su célebre vino. Ubérrimas fueron las cosechas de frutas y especialmente las naranjas, dieron nombradía a este apartado rincón. Y la prolífera producción granjera superó al consumo local, impidiendo las distancias, el traslado del exceso de ese producto, que se malogró en los depósitos, iniciándose así, la decadencia de Bella Unión.

Y el tiempo tiende sus manos bondadosas sobre la vida, para aliviar sus males y el resurgimiento, que se insinúa ahora, da un tono sentimental y romántico a ese pasado, en el que se enraizó la pequeña ciudad de Bella-Unión, con su nuevo sentido de vivir y su moderna arquitectura, que marca su cuarto período de civilidad.

Emilio TRIAS DU PRE.

Bella Unión, 1956.
(Especial para EL DIA).



Casa de los Barreto.

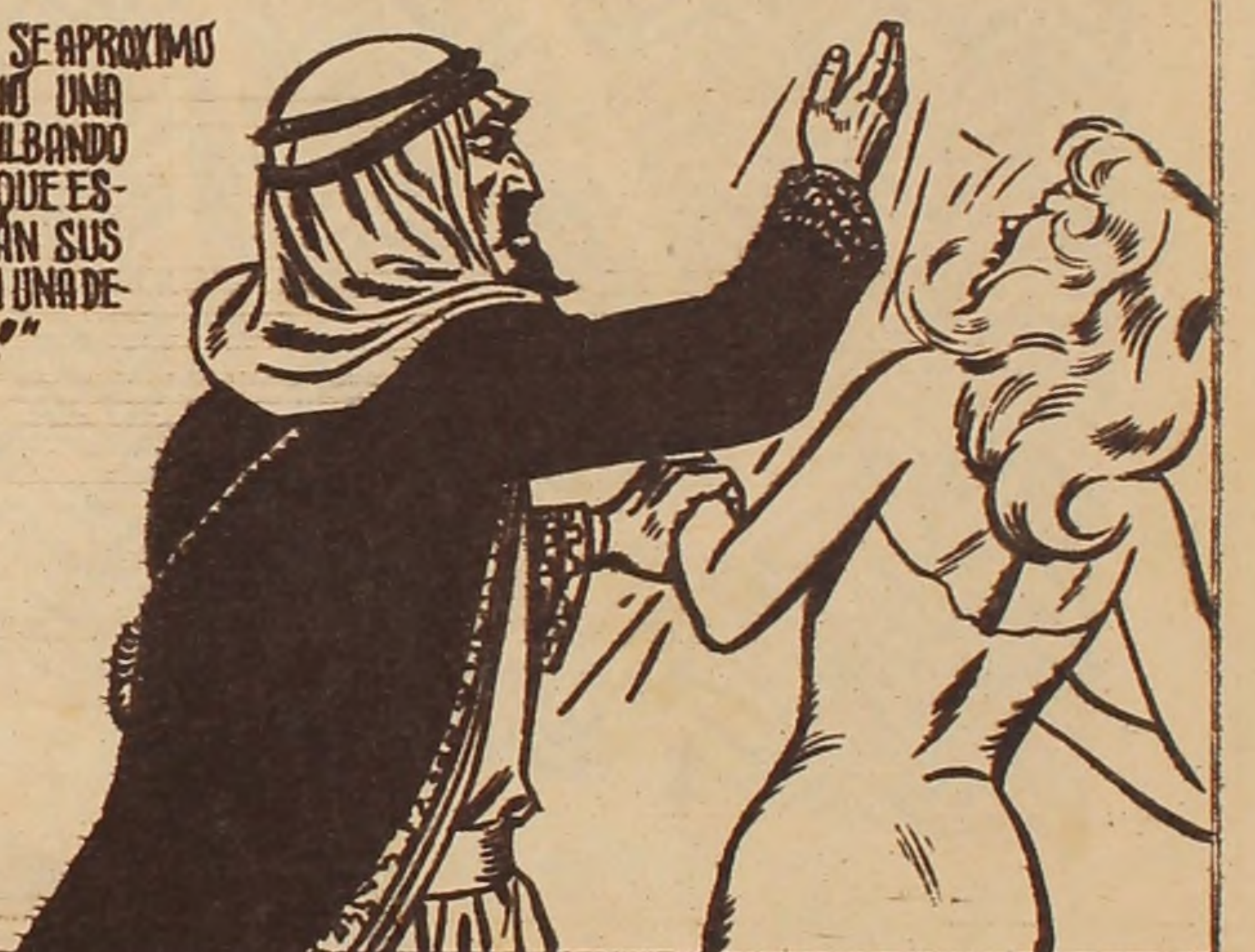

Tarzan
por EDGAR RICE BURROUGHS
LA EXHAUSTIVA BÚSQUEDA DE TAWNI TERMINÓ FINALMENTE Y EL HOMBRE-MONO SALTÓ SOBRE SU CAPTURADOR, EL COMERCIANTE MAXWELL.


"NO, NO," MUSITÓ LA MUCHACHA, ESPANTADA POR LA FURIA DEL ATAQUE DE TARZÁN.


TARZÁN, TORVO Y TERRIBLE, APROVECHÓ LA VENTAJA DE SU EXTRAORDINARIA FUERZA. INEXORABLEMENTE, LEVANTÓ EL CUCHILLO.


PERO FUE DETENIDO POR UNA AGRIA E HIRIENTE ORDEN: "¡PARE!" MIRÓ CON SORPRESA.


Y VIÓ QUE ESTABAN RODEADOS DE ÁRABES. "¡QUÉ VALIENTE," SE BURLÓ SU JEFE, "DOS HOMBRES PELEÁNDOSE POR MI HIJA!"


ABRUPTAMENTE SE APROXIMÓ A TAWNI Y LE DIÓ UNA CACHETADA, Y SILBANDO CASI DIJO: "Y QUÉ ESTÚPIDOS, GASTÁN SUS ESFUERZOS EN UNA DESAGRADECIDA!"
DICK VANBUREN JOHN CELARDO


"LLÉVENLOS!" BRAMÓ A SUS HOMBRES. "YO DEBO MEDITAR EL DESTINO DE DOS HOMBRES BLANCOS Y UNA HIJA QUE SE ATREVIERON A DESAFIAR AL SHEIK!"
1285